

El joven Pedro Planas

JORGE
ANDUJAR (*)



Conocí a Pedro andando el año 1983. Estaba por entonces en sus 22 años concluyendo su carrera de periodismo y ya tenía en torno suyo una aureola de joven inteligente, líder estudiantil, y de un apasionado por las ideas democráticas. Reunía cada fin de semana, en su pequeña casa alquilada de Miraflores, a distintos jóvenes inquietos como él para fomentar debates y lecturas que terminaban muchas veces al amanecer del día siguiente. No sólo era el cálido anfitrión de aquellas tertulias interminables. Era fundamentalmente el impulsor, el promotor y la cabeza de aquellos universitarios en busca de nuevos horizontes. Mu-

chas veces nos dijo que buscaba una propuesta generacional.

La característica más peculiar de aquella casa, y también de otras en las que ha tenido que habitar era, sin duda, su vasta biblioteca. Quien lo haya visitado podrá dar testimonio de la peculiar ubicación de sus libros: Estos se hallaban en la sala, comedor, dormitorio, escaparates, alacenas, reposteros y baños inclusive. Y para él esto no era un mundo caótico, sino estrictamente matemático. El sabía perfectamente dónde se hallaba cada obra, cada autor, cada frase. Pedro, como aquellos intelectuales del 900 que estudió con devoción, era un devorador de libros, lector voraz e impenitente, a cuyos sagrados ritos consagraba muchas horas diarias. Su pronto amor por los libros y las ideas superiores que promovía lo alejaba de la inquietud por el goce y el placer de los bienes materiales. Por ello bien se puede afirmar que

desde muy joven ya era un asceta. Inmiscuido en el superior debate y defensa por sus ideales descuidaba y aun guardaba desdén por los bienes de fortuna que no tenía y que ciertamente necesitaba. En este sentido Pedro Planas se nos presenta como un intelectual puro y clásico. Este ardiente amor por la verdad, su definida personalidad y valía intelectual hacían de él un hombre honesto y de sólidos principios. Años más tarde ya consagrado con sus múltiples obras publicadas, su prestigio de profesor universitario de derecho constitucional y connotado periodista de opinión, se enfrentó desde el primer momento, con las armas de su inteligencia y coraje, a la dictadura de la década pasada. Allí están como vibrantes testimonios sus libros "Rescate de la Constitución" y "La república autocrática", entre otros. Los que tuvimos la suerte de conocerlo mucho tiempo antes de

que reflexionaba justamente sobre brillantes intelectuales peruanos que tenían como signo común el haber realizado una importante obra intelectual y haber fallecido a muy corta edad. Carlos Pareja Paz Soldán, de quien hablé en aquella ocasión, se fue a los 29, Jorge Guillermo Leguía a los 36, Jorge Vinatea Reinoso a los 31 y César Antonio Ugarte (cuya semblanza le tocó a Pedro) a los 38. Ahora a esta insigne y trágica lista habría que agregar su nombre. Se nos fue en la plenitud de sus 40 años. Generoso en exceso, vehemente y combativo por los ideales democráticos; mente lúcida y sobria y, sobre todo, espíritu, pluma y acción honestas. Pedro, tus amigos de siempre con el corazón en la mano lloran tu partida prematura y ruegan que Dios te cuide en su seno.

su triunfo público sabemos que su conducta, su vehemencia y su capacidad de reflexión fueron siempre de una sola línea. Conversé hace algunos días con él y no obstante su severa carga de trabajo como Secretario Técnico de Descentralización del actual gobierno, su voz transmitía una mar de entusiasmo, de proyectos, de ideas de publicaciones, de franca inquietud y de bullir intelectual, y también de apoyo al amigo, como en los mejores tiempos universitarios. Parece extraño, pero hoy doy cuenta de que Pedro de alguna manera intuía su destino trágico. En una ocasión, el año 1993, me hizo este comentario que luego retomó con otro amigo común a raíz de la desaparición de Flores Galindo y Sergio Ferrer. Ahora pareceme más claro el seminario que él organizó en la Universidad Católica, "Jóvenes del siglo XX", en 1992,

que reflexionaba justamente sobre brillantes intelectuales peruanos que tenían como signo común el haber realizado una importante obra intelectual y haber fallecido a muy corta edad. Carlos Pareja Paz Soldán, de quien hablé en aquella ocasión, se fue a los 29, Jorge Guillermo Leguía a los 36, Jorge Vinatea Reinoso a los 31 y César Antonio Ugarte (cuya semblanza le tocó a Pedro) a los 38. Ahora a esta insigne y trágica lista habría que agregar su nombre. Se nos fue en la plenitud de sus 40 años. Generoso en exceso, vehemente y combativo por los ideales democráticos; mente lúcida y sobria y, sobre todo, espíritu, pluma y acción honestas. Pedro, tus amigos de siempre con el corazón en la mano lloran tu partida prematura y ruegan que Dios te cuide en su seno.